

han dicho que eres hombre honrado. Los Borbones no están muy seguros, y no nos gustan esos señores. Nada más he de decirte sino que tanto yo como tu hermana rogamos á Dios por el Emperador y Rey.» «Esta carta cobró fama y fué leída en los cuarteles y fuera de ellos. El Emperador la pidió también para leerla y gratificó al veterano con unos cuantos napoleones.» Massena escribió á Pons una carta de simple amistad, que acababa con estas palabras: «¡Feliz vos, que podéis vivir tranquilo!» Pons enseñó la carta al Emperador, quien le dijo al devolvérsela: «Esto prueba que el príncipe de Essling no está contento.» Más significativa es otra carta que al mismo Pons escribió Cambón, adversario del imperio, pero en la que «hablaba como patriota con alma de fuego» y decía: «Expulsamos de Francia á los Borbones; ahora ellos mismos se expulsan del corazón de los franceses. Son esclavos de Inglaterra. Sólo viven por Inglaterra y para Inglaterra. Esto no puede durar.» Y más explícitamente todavía, el contador del Tesoro, Scitivaux, mandaba responder á la consulta enviada por Pons acerca de los atrasos de las minas: «Entregad á Napoleón lo que os reclama. La cosa no tiene importancia, porque, según las señas, pronto estará de vuelta en París (1).»

Todas estas cartas, que de un modo ú otro iban á parar á manos del Emperador, ya las había leído éste, porque por su propia mano registraba las sacas de correspondencia y despegaba los sobres, con tanto mayor desahogo, por cuanto la violación se achacaba desde luego á las policías francesa ó austriaca.

Después de las cartas, los diarios, libelos y folletos, que el Emperador coleccionaba, clasificándolos en dos grupos: los *en pro* y los *en contra*. Por mediación de Bertrand, y bajo nombres supuestos, se había suscrito á los principales periódicos de Francia, Alemania y Austria, con dirección á Nápoles, de donde una estafeta los llevaba á Piombino y de aquí el buque correo á la isla de Elba. Campbell le proporcionaba cada semana un periódico inglés, y los que se publicaban en Italia podían comprarse en cualquier puerto de la costa. Cuando aún no es-

(1) MARCHAND, p. 142; *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 21 y 22; *Registro de la isla de Elba*, núm. 135; PONS DE L'H., p. 114, 334, 365 y 367.— Se sabe que Massena se condujo lealmente con los Borbones y fué el primero en dar cuenta desde Marsella al ministro de la Guerra del desembarco de Napoleón. (*Memorial de Santa Elena*, 23 de Marzo de 1816.)



LOS TRES HIJOS DE JERÓNIMO BONAPARTE, REY DE WESTFALIA
(Cuadro del Museo Imperial de Ajaccio.)

taban establecidas las comunicaciones postales, se informó el Emperador por los diarios del viaje de María Luisa desde su salida de Provens, su paso por Schaffhouse y su llegada á Viena (1).

Finalmente, el Emperador estaba informado por su propia policía, por los emisarios secretos que enviaba ó recibía, pues para esta clase de informaciones la comunicación oral era preferible á la escrita, á fin de afirmar, en caso necesario, que no mantenía correspondencia política de ninguna clase, y que, «por mucho que buscaran, nada hallarían contra él».

Los gastos de policía secreta no pasan, en los libros de Peyrusse, de unos cuantos miles de francos. Se advierte, sin embargo, que la partida mensual de 500 francos «para el atavío del Emperador», asciende súbitamente á 2.000 francos en Enero y Febrero, sin otro motivo que el de justificar un aumento de 1.500 francos mensuales, aunque para pagar á sus agentes disponía el Emperador á su albedrío de la fortuna y alhajas de su madre y de su hermana Paulina. Nadie, sino ellas, sabía en qué empleaba él tan copiosos recursos. En cuanto á los emisarios venidos de Francia, los costeaban los partidarios y amigos fieles, que confiaban en él.

Otros informes procedían, indudablemente, de la prefectura de policía de París.

A propósito de su «deplorable agarrada crematística con el Emperador», escribió Pons al general Dalesme, que ya estaba en Francia, con súplica de que «le iluminase la conciencia». En la carta se lamentaba sin rebozo de la rapacidad imperial y de que «el pastor no cuidaba bien de su rebaño». Pons recibió por respuesta, una copia de su misma carta acompañada de una ruda reprensión, por la cual se le invitaba, «en su propio interés, á no quejarse del grande hombre; y sobre todo, á no confiar sus quejas al correo». Carta y reprensión «procedían del despacho del prefecto de policía». Y cuando el estupefacto Pons pensó obrar cuerdamente, enseñándole ambos documentos al Emperador, respondióle éste sin recriminarle, pero con viveza y energía: «Yo tengo partidarios doquiera hay gentes honradas.» Así, desde la isla de Elba, «¡mantenía relaciones con aquel antro de Caco!»

(1) *Correspondencia imperial*, 21.633; PEYRUSSE, p. 263; MONIER, p. 69; CAMPBELL, p. 139, 319 y 322, citado por Pellet, p. 113; MENEVAL, t. II, p. 246, 247, 249 y 405.

Fouché, por su parte, descontento de su ociosidad, y «cuyos sucios pies se encontraban con seguridad en todos los zapatos», transmitía á Luis XVIII los ofrecimientos de asesinar al Emperador en la isla de Elba, al paso que escribía á Viena, representando el momento de entonces como el más favorable para establecer la Regencia en Francia; pues si el hijo del Emperador, montado en un asno, conducido por un labriego, apareciera en Estrasburgo, le llevaría á Paris el primer regimiento al que le presentaran. Con todo esto, no era Fouché el más remiso en enviar de cuando en cuando á Porto-Ferrajo un emisario inteligente, portador de consejos y avisos de doble tendencia (1).

Lo cierto es que el Emperador sabía, en la isla de Elba, cuanto le importaba saber, y que así los emisarios como las cartas llegaban bien declaradamente, bien por medio de estratagemas. En Octubre conocía ya el proyecto, apenas esbozado en Paris y Viena, de su deportación. Desde el 16 de Septiembre, estaba al corriente de que Neipperg no se apartaba un punto de María Luisa. Sabía que si el emperador de Austria rehusaba escandalizar con el divorcio, era por egoísmo y á pesar de sus secretos deseos. Por fin, el 20 de Diciembre declaraba abiertamente á Campbell los recelos, cada día mayores en Francia, de otro terror blanco (2).

* * *

De esta manera, regularmente fatal, se apoderó poco á poco del espíritu de Napoleón la idea de volver á Francia.

El primer período de cansancio, de estabilidad interina y de es-

(1) PEYRUSSE, p. 262, y *Apéndice*, p. 123, 132, 133, 142 y 143; LABADIE, p. 51; MARCHAND, p. 154 y 157; CAMPBELL, p. 208; PONS DE L'H., p. 44, 364 y 366; *Memorial de Santa Elena*, 3 de Abril de 1816, *nota*; MENEVAL, t. II, p. 313; *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 92; FOUCHÉ, t. II, p. 286 á 312.— Fouché empezó por hacer á Luis XVIII proposiciones que no tuvieron éxito, y entonces acarició el proyecto de la Regencia de María Luisa con exclusión del Emperador. A este propósito escribió á Napoleón una larga carta, obra maestra de astucia y doblez, en la que le aconsejaba abandonar la isla de Elba y retirarse á América, «en interés de Francia y para asegurar la paz de Europa». Esta admonición le servía de excusa ante Luis XVIII en caso de interceptación de la carta. Después se relacionó con los comités bonapartistas que enviaban emisarios á la isla de Elba para preparar la vuelta del Emperador. Decía Fouché: «Yo opinaba que él serviría, al menos, de lazo de unión entre el ejército, salvo derrota inmediata.»

(2) CAMPBELL, p. 152, 172, 187 y 203.

pera, le condujo á vivaquear en Monte Giove. Allí empezó á no mirar atrás. Desde el otoño deslizóse por la pendiente que le encaminaba á Francia y á la cual le impelían, espada en mano, Luis XVIII, que le negaba la asignación estipulada; Austria, que le arrebatava á su esposa é hijo, y Europa, con la amenaza de deportarle al Atlántico. A últimos de Noviembre, se brindaba ya en los cafetines de Porto-Ferrajo por el futuro desembarco de Napoleón (1).

Dejó pasar el invierno para que madurase el descontento popular, y disminuir las probabilidades de navegación tempestuosa, encontrando más expedito el camino de los Alpes, por donde pensaba volver. Y partió en el preciso momento en que se agotaban sus recursos y en que los riesgos de raptó y bloqueo aumentaban, hasta el punto de que «era más peligroso quedarse que partir» (2).

(1) MARCHAND, p. 118.

(2) Uno de los últimos emisarios recibidos por el Emperador antes de su partida, fué Fleury de Chaboulon, ex subprefecto de Chateau-Salins y después de Reims, que desembarcó en Porto-Ferrajo hacia el 15 de Febrero, disfrazado de marinero, en un falucho de contrabandistas. No se sabe cuánto tiempo hacía que Fleury de Chaboulon estaba fuera de Paris; pero sí se sabe que su viaje fué largo y dificultoso, pues cayó enfermo en el camino, y para mayor embarazo, no conocía el italiano. En sus *Memorias*, publicadas en Londres en 1819, bajo el nombre de un oficial muerto en Waterloo, cuenta las vicisitudes de este viaje, su previo acuerdo con Maret, duque de Bassano, ferviente partidario del Emperador, su llegada á la isla de Elba y su recibimiento en los Molinos. El Emperador le interrogó de pronto, con aquella estudiada brusquedad que por costumbre empleaba para desconcertar á sus interlocutores y escudriñar su pensamiento. Después, según dice Fleury de Chaboulon, se entregó á una completa confianza é hizo el proceso de los Borbones y de Europa, discutió sobre la oportunidad y medios de vuelta, expuso cómo pensaba llevar á cabo tan grave empresa, sus dudas y vacilaciones, hasta que, convencido por la elocuencia de Fleury, le dijo: «Sois un joven valeroso. Sin vuestros informes no sabría que ha sonado la hora de mi vuelta, mientras me dejaban remover la tierra de mi jardín. Nadie recibió de mí una prueba de confianza más honrosa y patente que la que os doy al decidirme bajo vuestra palabra á dejar la isla de Elba y al encargaros de anunciar á Francia mi próximo regreso. Mi propósito era no mezclarme más en política, pero por lo que me decís, mudo de resolución. Partiré hacia primeros de Abril ó tal vez antes...» Preciso es confesar que todo este relato denota falta de sinceridad y algo así como arreglo amañado después del suceso. ¿Cómo creer que el Emperador confiara á este «valeroso joven» su plan de partida y de campaña, que el mismo Drouot no conoció hasta última hora, con un tan exacto itinerario de la marcha y tan profusos pormenores que evidencian la redacción del texto después de realizado el hecho?

Indudablemente, los informes que le diera Fleury de Chaboulon no pudieron por menos de regocijar al Emperador y confirmarle en su resolución de partir; es muy exagerado pretender, como pretende Fleury: *que por su palabra se determinó á la partida*; que le hizo *árbitro de su destino, del de los Borbones, de Francia y Europa*; y que *aquella sorprendente revolución fué obra inaudita de dos hombres* (Maret y él) *y de unas cuantas palabras*. Todo cuanto puede afirmarse es que la visita de Fleury de Chaboulon fué una de las últimas gotas que derramaron el vaso ya lleno, si bien dicho emisario se dejaba llevar de su imaginación al afirmar al Emperador que «los soberanos coligados estaban dispuestos también á aliarse con él; que Prusia y Austria se callarían, y que Austria le consentiría